

## VIVIR PARA VER



*Justa Gómez Navajas*

### **La Educación: ¿un barco a la deriva?**

*“Educar es lo mismo  
que poner motor a una barca...”*

*(Gabriel Celaya)*

La vuelta al “cole” ha estado marcada por manifestaciones y huelgas de profesores. Hemos pasado del “tienes más hambre que un maestro de escuela” al “¡qué bien viven los maestros...!”. Se oye en la calle. Lo dicen muchos que, sin estudios, ganan en un par de días lo que un maestro gana en un mes. Lo dicen, con envidia y desprecio, los mismos que desautorizan a los maestros y sacan pecho por sus hijos, llegando a deslegitimar, insultar y, en ocasiones, agredir al profesor. Si los niños sacan buenas notas, es que son muy listos. Si no, es que el profesor es un inepto. Quien desacredita a los profesores, olvida que está faltando al respeto de aquéllos que tienen en sus manos la educación de sus hijos y que deberían merecer – si saben ganársela, claro – su confianza y consideración. A todos los que dicen que los maestros viven muy bien, convendría recordarles que el acceso a esta profesión está abierto a cualquiera que quiera ejercerla y estudie para ello. En general, hemos pasado de la conducta abominable del maestro temido, que tiraba de las orejas o pegaba con la palmeta, y de tener al profesor en un pedestal o de creer como verdad irrefutable lo que dijera “la seño” o “el maestro”, a poner en cuestión casi todo lo que hacen y dicen los profesores, faltándoles al respeto, incluso. De llamarles de usted y ponerse de pie cuando entraba un profesor, hemos desembocado en el tuteo, que no tendría por qué ser falta de respeto pero que, a menudo, lo es. El maestro no es un “colega”. El maestro o el profesor merecen respeto por sí mismos y por la función que desempeñan, una de las más nobles, necesarias y hermosas que hay.

La Educación, tan cacareada por políticos de uno y otro signo, está también en crisis. Y ello a pesar de profesores que, con su mejor voluntad, se enfrentan a diario a alumnos aplicados y a otros absolutamente desmotivados, a los que nada parece interesar. Y a todos se deben y se entregan, o se deben entregar, por igual. Quizás, con mayor denuedo a los que más atención necesitan. Para ser buen profesor - lo dijo Celaya - hay que tener “un poco de poeta.../y un kilo y medio de paciencia/concentrada”. No es cierto, por tanto, que los profesores trabajen veinte horas a la semana. Quien diga eso, desconoce por completo el mundo de la Educación. Detrás de cada hora de clase, hay incontables horas de preparación – robadas al descanso -. No digamos ya cuántas de absurda burocracia. Cualquier profesor sabe que su horario laboral no se corresponde con el oficial. ¡Cuántos fines de semana corrigiendo exámenes, preparando asignaturas, tratando de innovar y hacer la asignatura más amena...! ¡Cuántas tardes no remuneradas revisando trabajos, poniéndose al día...! Días, tardes, noches...que no vuelven y nadie devuelve, ni reconoce, ni paga, ni agradece.

Sucesivas reformas, a merced del gobierno de turno, no acaban de colocar a la Educación en el lugar que merece. Se dota de medios tecnológicos a los colegios, se reparten portátiles – útiles, sin duda, pero infrutilizados -. Pero la cosa no puede quedar ahí. La reforma educativa, el saneamiento que la sociedad necesita - y la Educación como pilar fundamental de ella -, pasa por incentivar a los profesores, por reconocer su labor como es debido, por fomentar la calidad de la enseñanza. No se pueden hacer

recortes en Educación, más que los estrictamente indispensables, motivados por la situación económica actual. Lo que urge es atajar los males que aquejan a la enseñanza. A la Educación le sobra la demagogia, el no querer “traumatizar” a los alumnos suspendiéndolos o haciéndoles repetir curso. No se puede despojar a la Educación del esfuerzo que supone estudiar. Así solo se favorece la mediocridad. España no ocupa un buen lugar en los “Informes Pisa”, que miden el nivel de educación en distintos países, y es casi imposible encontrar un examen de un universitario sin faltas de ortografía estrepitosas. ¿Qué estamos haciendo? Se lee menos, en general. Y eso se nota. Aprender divirtiéndose es genial, pero sin perder de vista que el estudio es un hábito diario, un trabajo silencioso, personal e intransferible, y que son muchas las horas que hay que invertir en él si se quiere llegar a buen puerto. Que sin deberes, sin responsabilidad, no hay recompensa, por más que ejemplos haya en la vida pública de personas que han llegado lejos fácilmente (si por “llegar lejos” se entiende enriquecerse, hacerse famoso, obtener reconocimiento social...). Tenemos un altísimo porcentaje de aprobados en una selectividad poco o nada selectiva, y las aulas de las Universidades llenas de alumnos, muchas veces más preocupados de obtener créditos para acabar en cuatro años que de aprender. Educar no es preparar para el éxito fácil: es contribuir a que otros se formen como personas y adquieran unos conocimientos que les sirvan en el futuro en la profesión que elijan o que encuentren. Educar es guiar, es ayudar a otros a aprender, es el arte de comunicar a otros lo que se sabe. Enseñar es abrir a otros a lo desconocido y a preguntarse por el mundo que habitan. Y profesor de verdad es el que contagia interés por su asignatura y la profesora, como si de una convicción firme se tratara, convencido de su tarea, aunque albergue sus dudas y no tenga respuestas para todo. Dar clase no es limitarse a cumplir un horario y, en el mejor de los casos, explicar un temario. Por eso, a la Educación la dañan también los que se dedican a ella sin vocación y los que, en el ámbito universitario, la tienen como un complemento secundario a otra actividad mejor remunerada. Las clases se convierten entonces, a veces, en un relleno, un lastre, un mal menor. Lícita y enriquecedora puede ser la compatibilidad entre la actividad profesional y docente, pero nunca a costa de la calidad de la enseñanza.

En definitiva, todos somos, en buena medida, el resultado de los buenos profesores que tuvimos, que, dondequiera que hoy estén, siguen en nuestro recuerdo. Y hoy, más que nunca, hacen falta buenos profesores. La misión del profesor sigue siendo, citando de nuevo a Gabriel Celaya, “soñar/mientras uno trabaja,/que ese barco, ese niño/irá muy lejos por el agua./Soñar que ese navío/llevará nuestra carga de palabras/hacia puertos distantes,/hacia islas lejanas”. Quizás sólo con profesores que sigan soñando y sembrando en sus alumnos su esperanza, la que les queda, la que les tiene en pie, incluso a contracorriente y pese a los malos vientos que soplan, conseguiremos que no se hunda el barco educativo que, por momentos, hace aguas o parece ir a la deriva.